**Abrir la cancela**

Por John Berger

El techo del dormitorio está pintado de azul pálido. De los dos grandes ganchos oxidados que sobresalen de las vigas colgaba los chorizos y los jamones el campesino que habitó la casa en tiempos. Ésta es la habitación en la que estoy escribiendo. Por la ventana se ven unos ciruelos viejos cuyos frutos empiezan a tener un intenso azul oscuro, y detrás, la colina más cercana, la primera estribación de las montañas.

 Temprano esta mañana, cuando todavía no me había levantado, entró una golondrina, dio una vuelta al cuarto, se dio cuenta de su error y volvió a salir por la ventana; sobrevoló los ciruelos y se posó en el cable del teléfono. Cuento este pequeño incidente porque me parece que guarda cierto paralelismo con las fotografías de Pentti Sammallahti. Éstas también son infrecuentes, como la golondrina en el dormitorio.

Hace dos años que tengo estas fotos en casa. Las saco muchas veces de la carpeta donde las guardo y se las enseño a los amigos que pasan. Primero se quedan boquiabiertos y luego las observan detenidamente, sonriendo. Miran los lugares fotografiados durante mucho más tiempo del que es normal mirar una fotografía. A veces me preguntan si conozco a Pentti Sammallahti. O en qué parte de Rusia fueron tomadas. Cuándo. Nunca intentan dar palabras al evidente placer que les producen. Se limitan a contemplarlas y a recordar. ¿Qué recuerdan?

En todas las imágenes hay un perro, por lo menos. De esto no hay duda, y podría ser un truco sin más. Pero, en realidad, los perros están ahí para darnos la llave que abre la puerta. No, no la puerta; la cancela de un jardín, pues en ellas todo está fuera, fuera y más allá.

También observo que todas las fotos tienen una luz especial, una luz determinada por el momento del día o la estación. E, invariablemente, es la luz en la que están al acecho las figuras; al acecho de animales, de nombres olvidados, de un sendero de vuelta a casa, del nuevo día, del sueño, del siguiente camión, de la primavera. Es una luz en la que no hay permanencia; la luz de lo que no dura más que un vistazo. Esta luz es otra llave que también abre la cancela.

Las fotos fueron tomadas con una cámara panorámica, de las que se usan normalmente en los estudios geológicos. El gran angular no es aquí importante sólo por razones estéticas, sino también, como en el caso de la geología, por razones científicas, relacionadas con la observación. Una lente de menor angular no hubiera captado lo que veo yo ahora, de modo que hubiera permanecido invisible. ¿Qué veo?

En la vida diaria realizamos un intercambio constante con la inmensa serie de apariencias que nos rodean: a veces son muy conocidas; a veces son inesperadas y nuevas, pero siempre nos confirman en nuestras vidas. Y aunque sean inquietantes, no dejan de hacerlo: la visión de una casa en llamas, por ejemplo, o la de un hombre acercándose a nosotros con un cuchillo entre los dientes, no deja de recordarnos (perentoriamente) nuestra vida y su importancia. Lo que vemos habitualmente nos confirma.

Pero puede suceder que, de pronto, inesperadamente, y con mucha frecuencia en la media luz de las miradas furtivas, columbremos otro orden visible que se cruza con el nuestro y no tiene nada que ver con él.

La velocidad de una película de cine es de 25 fotogramas por segundo. Dios sabe cuántos fotogramas se suceden en nuestra percepción diaria. Pero es como si en los breves momentos de los que hablo, de pronto, para nuestro desconcierto, fuéramos capaces de ver entre dos fotogramas y nos topáramos con algo que no estaba destinado a nosotros. Puede que estuviera destinado a las aves nocturnas, a los renos, a los hurones, a las anguilas, a las ballenas…

El orden visible al que estamos acostumbrados no es el único: coexiste con otros. Los cuentos de hadas, de fantasmas y de ogros eran un intento humano de reconciliarse con esta coexistencia. Los cazadores siempre lo tienen en cuenta, y por eso son capaces de leer signos que nosotros no vemos. Los niños lo perciben intuitivamente, porque les gusta esconderse detrás de las cosas, y desde allí descubren los intersticios existentes entre las diferentes gamas de lo visible.

Los perros, con sus rápidas patas, su aguzado olfato y su desarrollada memoria para los ruidos, son por naturaleza expertos en las fronteras entre los diferentes órdenes visibles, expertos conocedores de estos intersticios. Sus ojos, cuyo mensaje suele confundirnos porque es urgente y mudo, están adaptados tanto al orden humano como a los otros órdenes visibles. Por eso, tal vez, en tantas ocasiones y por tantas razones distintas, adiestramos a los perros como guías.

Probablemente fue el perro el que guió al gran fotógrafo finés hasta el momento y el lugar en los que tomó estas fotografías. En todas ellas, el orden humano está siempre a la vista, pero ha dejado de ocupar un lugar central y se aleja sigilosamente. Los intersticios están abiertos.

El resultado es inquietante: hay más soledad, más dolor, más abandono. Pero al mismo tiempo, hay una expectación que yo no he vuelto a experimentar desde la infancia, desde que hablaba con los perros, escuchaba sus secretos y me los guardaba para mí.

Tomado de *El tamaño de una bolsa*, de John Berger

Traducción de Pilar Vázquez.

Editorial Taurus. Pensamiento.

**De estudiante a docente en la UNQ**

(*Página 12*, 04 de junio de 2018)

“Tengo 30 años y soy de Quilmes –cuenta Luciana Cáceres–. En 2006 comencé a estudiar en la Universidad Nacional de Quilmes la Licenciatura en Comunicación Social y en 2012 recibí mi título y la medalla de oro a mejor promedio. Hoy soy docente de la Tecnicatura Universitaria de Producción Digital de la Escuela Universitaria de Artes de la UNQ y docente adscripta de Historia Social de los Medios en la UNLP. Soy la mayor de tres hermanxs y ellxs estudian actualmente en la UNQ. Soy hija de dos personas de muchos oficios, sobre todo mi viejo. Conocí la UNQ porque él trabaja en la remisería frente a la universidad. Llevaba y traía en los viajes a docentes y estudiantes de la universidad. Ello llevó a que todas las semanas nos traía un cuadernillo de las carreras. El primero que me trajo fue de la carrera en Biotecnología. En mi familia, nadie había ido a la universidad. Mi mamá había comenzado la carrera de magisterio pero abandonó. Desde muy chicos, nos han transmitido que para mejorar o cambiar las condiciones de vida, no teníamos otro recurso más que estudiar. No fue fácil, venir de una familia donde está la cultura de ponerte a estudiar para una carrera universitaria, pero, por ejemplo, te falta un espacio de la casa para estudiar y poner los libros; se cambia la dinámica del hogar porque no está naturalizada la práctica de estudiar. Se transforma en algo simbólicamente cerca la posibilidad de un estudio universitario cuando estás geográficamente cerca. Para que simbólicamente esté al alcance, geográficamente tiene que estar al alcance. La posibilidad de que quienes venimos del barrio, de hogares donde nadie ha estudiado, es un gran paso no solamente para quien recibe el título, sino para toda la familia. Cuando me dieron la medalla de oro sentí que la estaba recibiendo yo y la estaba recibiendo mi vieja, mi viejo y mis hermanos porque hacer una carrera es un trabajo colectivo, no es individual. Este acortamiento de las distancias ha permitido que de ser estudiante de la materia Historia de los medios de comunicación pase hoy a ser docente de esa materia luego de muchos años, y de alguna forma te va permitiendo ver, conocer, que es posible, el crecimiento intelectual, el social, el cultural, pero que ese crecimiento es colectivo y responde a estructuras y políticas culturales, sociales y económicas. Si la estructura no hubiese funcionado como ha funcionado en estos años donde hice la carrera, creo que hubiese sido más que complicado, sino imposible poder llegar a donde hoy estoy.”

**Escuchar un jilguero**

Por Guillermo Saccomanno

(*Página 12*, 17 de marzo de 2019)

Si “los límites de mi lenguaje son los de mi mundo”, como anotó Ludwig Wittgentein en el Tractatus lógico-philosophicus que cargaba en su mochila en las trincheras de la Primera Guerra, cuáles serán, puede uno preguntarse, los límites de una nena hija de campesinos de la pampa santafecina que en su cuaderno escolar aprende a escribir su nombre junto a una figurita pegada: “Evita quiere mucho a los niños”. Al aprender a escribir su identidad la nena también aprende una noción de justicia. Allí “donde hay una necesidad, hay un derecho”, según Evita. Cuando sea grande, en uno de sus libros de poemas la nena ya mujer, citará a Simone Weil: “Sólo se tienen deberes. Nuestro derecho es el deber del otro”. En unos años, bajo la dictadura de Onganía, la oligarquía y los militares liquidarán los derechos de los trabajadores rurales y desalojarán a los padres, arrendatarios que trabajaban los campos. La nena no olvidará ese dolor del destierro. Crece leyendo las novelas de la mítica colección Robin Hood. También garabatea versos. Le anuncia a sus padres que quiere ser poeta. Después, adolescente, estudiará filosofía, andará en la izquierda y más tarde emprenderá un viaje a dedo por toda América hasta arribar a los Estados Unidos. El viaje, inversión mayor del que hicieran William Burroughs y Allen Ginsberg en busca de la ayahuasca, en comparación  dejará también ínfima la road story de JackKerouac. Piénsese la chica andando por cerros, selvas, campos, bajando de un camión, haciéndole dedo a otro, parando aquí y allá. En Ecuador trabaja en una imprenta. Después, no para hasta Estados Unidos donde, ilegal, vive de lo que puede, de obrera metalúrgica y de periodista contracultural. Cuando, seis años más tarde, regrese al país, la violencia política estará en su pico de espanto:el golpe militar, el más temible que pueda recordarse. El terror cerca, apaga los fulgores de la palabra. Ella habrá de pasar del convivio en Fuerte Apache al exilio interno en una isla del Tigre. Serán años de reclusión, miedo y silencio. Y serán plasmados en su “Tributo del mudo”. Pero,volviendo a aquel cuaderno de infancia, ampliando los límites de su lenguaje y del mundo, la nena todavía está escribiendo su nombre en el cuaderno escolar: Dianita Elda Bellessi Pavan.

Siempre me sonó pueril eso de la poesía como “arma cargada de futuro”, exabrupto facilongo de progres. Es que, y no se trata sólo de una hipótesis, la poesía, antes que arma,  tiene que ver con darle forma al silencio. Si se lo prefiere, una linterna que puede emplearse para investigar qué se oculta en la noche oscura del alma. En este sentido, según Bellessi, la poesía puede ser  alumbradora en lo mínimo como el trino diario de un pajarito. Así la suya deviene una voz necesaria para nombrar tanto una calandria como el estruendo de un piquete. El trino a veces proviene de las sombras del ser, y se transforma en prueba del valor de la existencia, el milagro de la naturaleza, caminar la tierra, aún la arrasada por el exterminio sojero.

En “La pequeña voz del mundo” su ensayo tan breve como potente, patea todo academicismo y restituye a la escritura su función esencial, desestabilizar la lengua, hecho en el que se articulan como remanentes las voces de los otros y el afinamiento de lo que es propio. Al pensar la escritura y su devenir, Diana Bellessi escribió: “Agarrémonos los calzones: el futuro ya llegó y ahora somos todos negros ‘juyendo’ del desempleo. Cuál será nuestra escritura entonces, mientras la educada clase media sigue cayendo por el tobogán”. Y esto, profético, lo escribió Bellessi entre 1998 y 2003.

En estos días volví a leerla. Mientras me extraviaba en su obra- dulce extravío, por cierto-, marqué una idea que, creo, la define: “Siempre es política la poesía, pero su poder, un hecho íntimo, ético, y por ello móvil, dispone la caída dela certeza”. El recorridode Bellessiva desde las visiones de la pequeña Uli y su doble Nadia (anagrama de Diana pero también alusión que remite a André Breton), los itinerarios azarosos de la iniciación pasando por los talleres en cárceles, el canto liberador de la pasión sáfica, las marchas militantes y el gesto rockero, hasta, más acá, el alcance de la consagración con el impresionante tomazo “Tener lo que se tiene”, su obra poética reunida por Adriana Hidalgo. Ahora, al aproximarse a un sosiego de la edad, conjeturo, su poesía se cierne sobre la respiración de cada día, los instantes más plenos de todo lo que, en apariencia, puede parecer menos trascendente.

Si la poesía puede ser considerada género exclusivista del yo, incluyendo en el riesgo las trampas del lenguaje, también, merced a los dones de la palabra se vuelve mecanismo indagador, implacable en su desnudarse, y entonces ocurre un sobresalto que puede ser: “He construido un jardín como quien hace/ los gestos correctos en el lugar errado”./ Errado, no de error, sino de lugar otro,/ como hablar con el reflejo del espejo/ y no con quien se mira en él”. En Bellessi, la honestidad de ese yo lírico prescinde de toda autocompasión y habla a través del abismo: “Hoy la muerte se hizo presente/ de un modo nuevo, no en las cosas/sino en mí, cuerpo y mente ya no saben/ aunque yo, no lo sé / sube a mi hombro la muerte / y a medio metro alea una tacuarita”. No obstante una elaborada marca de la oralidad, en la autobiografía intelectual de Bellessi pueden rastrearse, a modo de citas y comentarios, referencias múltiples que comprenden a Franz Fanon y Denise Levertov, la Mona Jimenez,Adrianne Rich, Hugo Padeletti, Ursula Le Guin, Wu Wei, León Gieco, Hugo Chumbita, María Zambrano, Juanele Ortiz, Bob Dylan, Gabriela Mistral, Giorgio Agamben y Patricio Rey. Pero lejos dela infatuación, con sus gustos entramados, a donde va apuntando Bellessi en sus últimos libros y, en particular, en “Fuerte como la muerte es el amor”, es hacia una sencillez de la expresión, un despojamiento.Lo que cuenta, su voluntad por captar lo más simple mediante la contemplación sostenida. Dicho así: “Titirití o boyerito amarillo/ que baila sobre sus patas finas/ y muestra la panza de oro/ con dotes de malabarista”, escribe. Y mientras lo escribe, reflexiona: “Y no ceso de manotear algo/ arreándolo al poema, /aunque mucho no quiere, no me deja o no tengo,/ aquel oficio de antes”. En esa observación del boyerito, hay una invitación a situarse “lejos de la partitura del verso/ en su idioma propio y yo abandono/ el poema para verlo”. Es decir, en el viento en un ramaje, en la crecida que enfanga un muelle, la contemplación no implica pasividad sino respuesta instintiva a la urgencia, solicitud y reclamo de lo real: “Desaprender después de haber aprendido”, dice.”Puede haber un programa en la escritura del libro de poemas, pero elpoema es más bien el accidente del programa. El habla y la poesía se hermanan en el asalto al tiempo, el tiempo donde el poema y el habla toman al yo por sorpresa”.

Entonces, como redondeando, es lícito preguntarse si en estos tiempos de afanes neoliberales donde lo que se impone es el extractivismo del yo en el sujeto colonizado: ¿no será un acto de resistencia escuchar el canto de un jilguero? Pero conviene complementar esta pregunta con otra de Bellessi: “Cómo decirle al que no lo siente, ¡mirá eso!”

(Extraído de: <https://www.pagina12.com.ar/181499-escuchar-un-jilguero>)

**Insta x la identidad: retratar la memoria**

Por Bárbara Rosenberg

(Publicado en la Agencia de Noticias *ANCCOM*, el 15 de marzo de 2019)

*Las Abuelas de Plaza de Mayo presentaron una serie de trabajos seleccionados, a través de un concurso en Instagram, que pone en diálogo a notables fotografías con textos de escritores contemporáneos.*

“La gran virtud del arte es comunicar y llevar al presente aquellos viejos sueños para tenerlos en el reconocimiento y en la memoria”, declaró el martes pasado Juano Villafañe, director artístico del Centro Cultural de la Cooperación. Allí quedó oficialmente inaugurada la muestra Insta x la identidad, una iniciativa de Abuelas de Plaza de Mayo que, con la intención de instalar el tema en su más reciente red social, Instagram, realizó un
concurso entre el 14 y el 17 de septiembre pasado: a través de los hashtags #Identidad, #YoTeBusco y #DóndeEstás, centenares de aficionados, estudiantes y profesionales subieron fotografías tomadas con su celular o cámara fotográfica que invitan a la reflexión sobre la Memoria, Verdad y Justicia.

“Esta exhibición es un regalo muy generoso de quienes la han hecho, los artistas ponen el alma y se desprenden de ella. La fotografía es darle visibilidad a un pensamiento y luego, la generosidad de regarlo”, dijo Estela De Carlotto, presidenta de la agrupación, quien asistió a la presentación junto a las abuelas Delia Giovannella, Clelia Fontana y Aída Kancepolski.

El jurado, integrado por los reconocidos fotógrafos y reporteros gráficos Juan Travnik, Emiliana Miguelez y Gerardo Dell’ Oro, fue el encargado de realizar la selección ganadora del concurso, 20 fotografías premiadas y 22 que recibieron menciones especiales. Entre las seleccionadas hay imágenes de reconocidos fotógrafos, como Paula Teller y Sebastián Miquel, y también de dos fotógrafas que participaron en **ANCCOM**, Daniela Morán y Daniela Yechúa.

“La fotografía se parece a la memoria, los dos nos traen al pasado –comentó Dell’Oro, quien tomó la palabra en representación de sus colegas-. También se relaciona con la Identidad, un encuentro que ocurre en el presente. En esta campaña, la fotografía aparece de nuevo para visibilizar, ya no las desapariciones, que solo los retrógrados reaccionarios
desconocen, sino el lazo biológico, familiar, amoroso, que es en definitiva de
lo que se trata la lucha de las Abuelas”.

Las Abuelas convocaron además a 20 escritores contemporáneos que, con sus palabras, acompañan las imágenes y generan un trabajo solidario y colectivo. Selva Almada, María Teresa Andruetto, Mariana Enríquez, Martín Kohan, Sergio Olguín, Leonarodo Oyola, Mariano Quirós, Alejadra Zina, entre otros: se trata de un grupo de autores notables de la literatura argentina.

La docente, escritora y licenciada en Comunicación Graciela Bialet, habló en representación de los escritores: “Hacer la relación entre la foto y los textos fue recuperar las metáforas, fue un estado adverbial –dijo-. La mezcla entre el verbo hacer porque seguimos luchando y la cualidad, ese motivo que nos lleva a hacerlo, la pasión. Cada uno de los escritores tenemos una impronta distinta al expresarnos, pero hemos tenido en cuenta el instante en que esa foto registró dicha metáfora, ya sea la vida de nuestros compañeros desaparecidos o de la lucha que sigue siendo”.

Abuelas de Plaza de Mayo ha sido la organización en materia de Derechos Humanos que marcó el sendero político para muchas agrupaciones. Estela de Carlotto, quien se encargó de realizar el cierre de la presentación, anunció: “Las puertas de nuestra casa, siempre están abiertas. Nunca expulsamos. Yo creo que esta conducta debemos adoptarla en el contexto político que nos espera. Juntémonos en lo que estamos de acuerdo, olvidando las diferencias. Debemos tener una gran esperanza en que este país es luchador, que no está resignado y piensa seriamente en lo que le espera: recuperar la economía, la decisión, la educación en las escuelas, la comida, la paz y el respeto”.

Algunos textos e imágenes en la versión digital:

<http://anccom.sociales.uba.ar/2019/03/15/insta-x-la-identidad-retratar-la-memoria/>

**La Era de la Posverdad**

Por Guadalupe Nogués

La posverdad es distinta del error, o de la mentira. El que yerra puede eventualmente encontrar y corregir su error. El que miente, sabe que miente. Podemos definir la posverdad como el momento en que los hechos se ocultan, moldean, manipulan (muchas veces de forma deliberada y sistemática) y las emociones que esos hechos generan—o incluso otros totalmente inventados— pasan a primer plano. A veces, la posverdad se manifiesta como una especie de mentira arquitecturada, cohesiva y sistemática en la que la coherencia interna le gana al anclaje al mundo real.

Uno de los problemas de la posverdad es aparecer como una alternativa a la verdad, como si la verdad fuera una cosa que alguien tiene, y no lo que es: un objetivo desconocido en el horizonte hacia el que vamos, y para el que necesitamos una brújula. Si nos sentimos perdidos, podemos construir una brújula. Si no nos ponemos de acuerdo en cuál es el norte, no habrá brújula posible y estaremos condenados a vagar siguiendo los caminos erráticos de la ignorancia. O peor, condenados a seguir a quien cree un norte que puede mover a su conveniencia.

La posverdad es al mismo tiempo producto y causa de una grieta infinita. Una en la que las personas convivimos transitando narrativas paralelas en mundos solapados donde la física se rompe, y podemos atravesarnos los unos a los otros sin que medie influencia alguna que logre desviar las trayectorias predeterminadas de lo que hemos decidido va a ser la realidad. Esta fractura, esta discontinuidad en el paisaje, es una amenaza para nuestra convivencia como especie en este planeta y, así, para nuestra supervivencia.

Cada año, el diccionario Oxford elige la ‘palabra del año’. En 2016, esa palabra fue posverdad, definida como ‘las circunstancias en las que los hechos objetivos influencian menos a la opinión pública que las apelaciones a la emoción o a las creencias personales’. A fines de 2017, el término ingresó al diccionario de la Real Academia Española, pero allí fue definido de modo ligeramente distinto: ‘distorsión deliberada de una realidad, que manipula creencias y emociones con el fin de influir en la opinión pública y en actitudes sociales’.

Hay quienes consideran que no deberíamos hablar de posverdad sino sencillamente de mentira o falsedad. La definición en español parece acompañar esa idea, como si se tratara siempre de un engaño intencional. Pero esta mirada hace perder un poco de vista el hecho de que no siempre hay una intencionalidad en ignorar la información que se tiene, en pos de tomar posturas que la contradicen y se basan en la emoción. A veces, y tal vez sea esta una de las componentes más críticas del problema, lo que ocurre es que hay cierta indiferencia ante la distinción misma entre lo que es la mentira y lo que es la verdad. A veces, que algo sea verdad simplemente no es importante para la persona.